

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

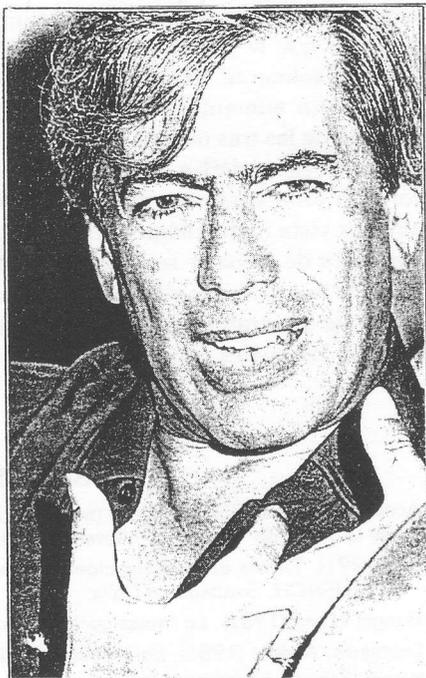
Número 4, Diciembre 1995

Mario Vargas Llosa recibe el Premio Jerusalén

Myrna Solotorevsky

pp. 48-51

Durante su visita a Israel para recibir el "Premio Jerusalén", Mario Vargas Llosa fue invitado por el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos y tuvo lugar un estimulante diálogo entre el escritor, profesores, alumnos y el numeroso público asistente.



MARIO VARGAS LLOSA

Lituma en los Andes



Mario Vargas Llosa recibe el Premio Jerusalén

Myrna Solotorevsky

Traducción al castellano del texto pronunciado en inglés,
en el acto de entrega del Premio Jerusalén a Mario Vargas Llosa,
el 15 de marzo de 1995, en el ámbito de la décimo-séptima
Feria Internacional del Libro en Jerusalén.

LATINOAMERICA se ha hecho notable por su literatura y aún hoy sentimos el efecto del así llamado "boom" latinoamericano, en el que un grupo de escritores asombraron al mundo con sus obras. Entre ellos se destaca la calidad literaria de Mario Vargas Llosa.

Vargas Llosa ha hecho gala de una enorme fecundidad literaria. Entre una extensa lista de textos correspondientes a diferentes géneros, me limitaré a señalar algunas de sus novelas: *La ciudad y los perros* (1963), *La casa verde* (1966), *Conversación en La Catedral* (1969), *Pantaleón y las visitadoras* (1973), *La tía Julia y el escribidor* (1977), *El hablador* (1987), *Lituma en los Andes* (1993).

Estimo que en Vargas Llosa se dan en asombrosa conjunción la riqueza del mundo configurado y la fuerza de la escritura. Quisiera centrar-

me para ilustrar lo dicho en dos obras suyas, polares en cuanto a que una, *La ciudad y los perros*, es su primera novela, y *Lituma en los Andes*, la última.

La acción de *La ciudad y los perros* (Vargas Llosa, 1966)¹ se desenvuelve en un colegio militar, el Colegio Militar Leoncio Prado; los perros son los alumnos del primer año de dicho colegio, así llamados despectivamente por los alumnos de cursos superiores. Los apodos señalan la situación de los muchachos en el grupo: el más fuerte es el Jaguar, quien cierta vez afirma: "me llamo Jaguar. Cuidado con decirme perro" (p. 50); el más débil es el Esclavo, quien en un grupo en el que prima la fuerza bruta, no podrá sino transformarse en la víctima. El texto exige un lector eminentemente activo, el que tiene dificultades para identificar a qué personaje corresponde

Doctorada en la Universidad de Chile, es Full Professor en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, del cual es actualmente directora. Ha escrito: *José Donoso: incursiones en su producción novelesca* (1983); *Literatura - Paraliteratura: Puig, Borges, Donoso, Cortázar, Vargas Llosa* (1988); *La relación mundo-escritura: Reinaldo Arenas, Juan José Saer y Juan Carlos Martini* (1993), y numerosos artículos sobre literatura latinoamericana contemporánea.

cada discurso y para seguir el hilo de la acción que no se desarrolla en forma lineal sino mediante superposiciones temporales y diálogos que en ocasiones se entrecruzan. Cuesta captar –y ese es mérito del texto– que el personaje femenino, Teresa, es vinculatorio no de dos sino tres personajes: el Esclavo, Alberto, el poeta, y también el Jaguar.

La primera parte de la novela finaliza climáticamente con la identificación de un cadete que durante un ejercicio militar ha sido herido:

–¿Cómo se llama?

–Ricardo Arana, mi capitán. –Vaciló un instante y añadió: –Le dicen el Esclavo (p. 168).

Al término del primer capítulo de la segunda parte, se da a conocer la noticia: “–El Esclavo ha muerto” (p. 207). Según la interpretación de Alberto, el asesino es el Jaguar, lo que éste niega; en un momento de máxima tensión se produce el encuentro de ambos –Alberto y el Jaguar– en un calabozo; ello ocurre al fin del capítulo VI, desarrollándose el siguiente diálogo:

–Yo te denuncié, Jaguar. Yo sé que tú lo mataste.

Esta vez Alberto no se movió. El Jaguar se había encogido en la tarima.

–¿Tú le has dicho eso a Gamboa? –dijo el Jaguar, muy despacio.

–Sí. Le dije todo lo que has hecho, todo lo que pasa en la cuadra.

–¿Por qué has hecho eso?

–Porque me dio la gana.

–Vamos a ver si eres tan hombre –dijo el Jaguar incorporándose.

Con una notable técnica del suspenso, se interrumpe aquí el capítulo.

El texto muestra más adelante el supuesto error de Alberto: la razón por la que éste tenía certeza de que el Jaguar había asesinado al Esclavo, es aparentemente anulada. El Jaguar es mostrado aparentemente como un personaje digno y consistente, a quien Alberto infructuosamente pretende acercarse. Pero con insuperable maestría el texto subvierte esta realidad y ocurre que el Jaguar sí es el asesino; no será, sin embargo, castigado porque el colegio prefiere ocultar lo acaecido. El Epílogo es precedido por un epígrafe de Carlos Germán Belli, que condensa la fuerte denuncia que hace el texto: “...en cada linaje / el deterioro ejerce su dominio”.

La última novela de Vargas Llosa, *Lituma en los Andes* (Vargas Llosa, 1993)² es de una perfección narrativa poco común. El protagonista, el cabo Lituma, es un personaje que ya apareciera en los primeros cuentos de Vargas Llosa, en una novela anterior suya, *La casa verde*, y en una obra de teatro, *La Chunga*, a la cual este texto varias veces remite, y ello crea el efecto de persistencia de un mundo y hace también visible la relación de intertextualidad. La acción se desarrolla en un lugar de la sierra peruana, llamado Naccos, y se inicia con un misterio: la desaparición sucesiva de tres personas, que cabe suponer han sido víctimas de la acción del grupo terrorista Sendero Luminoso; la mención de este último nos vincula fuertemente a la realidad extratextual. La situación narrativa básica es el diálogo entre Lituma y su auxiliar, el guardia Tomasito; pero ésta es súbitamente interrumpida para dar lugar a otras escenas en las que se muestra a Sendero Luminoso en acción. La primera de ellas es protagonizada por dos franceses, Albert y la *petite* Michèle, quienes, no obstante las advertencias en contra de la embajada francesa, han decidido hacer un viaje a Cusco por tierra. Cuando el ómnibus en que viajan es abordado por los terroristas, ellos creen que su condición de extranjeros los salvará; la escena finaliza así, aludiéndose a los terroristas:

Eran casi niños, sí. Pero de caras ásperas y requemadas por el frío, como esos pies crudos que dejaban entrever las ojotas de llanta que algunos calzaban, como esos pedrones de sus manos casposas con las que comenzaban a golpearlos.

–Mátenos de un tiro –gritó Albert en francés, ciego, abrazando a la *petite* Michèle, interponiéndose entre ella y esos brazos feroces. Somos también jóvenes, señor. ¡Señor! (p. 25).

La situación narrativa básica alterna también con otra secuencia en la que Tomasito refiere a Lituma sus penas de amor, que han sido la causa de su llegada a Naccos. Lituma es un destinatario entusiasta y estimulante. Los diálogos entre Tomasito y Lituma y entre Tomasito y el objeto de su amor, Mercedes, a veces sutilmente se entrecruzan violando fronteras temporales y espaciales.

La ironía textual es notable porque los tres desaparecidos, como se sabrá hacia el final de la novela, no han sido sacrificados por Sendero Luminoso, según el texto nos indujo a creer, sino fueron víctimas de las supersticiones populares:

han sido sacrificados para aplacar a los malignos, lo que hacia el comienzo de la obra, doña Adriana, la bruja, dice a Lituma y Tomasito; pero Lituma no le cree, como tampoco le creemos nosotros, los lectores. Más adelante, Lituma fluctúa entre ambas posibilidades y se crea transitoriamente una tensión entre ellas.

La ironía es aún mayor porque Sendero Luminoso estuvo sí en contacto con las tres víctimas: Medardo Llantac llegó a Naccos huyendo de los terroristas; el albino estuvo a punto de ser muerto por una mujer que era miembro de Sendero Luminoso; al bobo, Pedrito Tinoco, quien ha desarrollado un intenso afecto por las vicuñas de una reserva, los terroristas le piden que los conduzca hacia las vicuñas y luego despiadadamente dan muerte a los animales, justificando así su acto ante el espantado Pedro Tinoco: "Esta es una reserva del enemigo. El nuestro y el tuyo. Una reserva que inventó el imperialismo." (p. 57).

Tal como ocurre en *La ciudad y los perros*, el misterio se resuelve; pero el desenlace logra, de todos modos, sorprendernos, pues en el Epílogo mediante un diálogo entre Lituma y un hombrecito, nos enteramos de que las tres víctimas han sido no sólo asesinadas sino, cumpliéndose con el rito, devoradas: "—Todos comulgaron y, aunque yo no quise, también comulgué —dijo el peón, atropellándose. Eso es lo que me está jodiendo. Los bocados que tragué." (p. 311).

Los personajes que han incitado al sacrificio de las víctimas, como un modo de satisfacer a los espíritus y de evitar terribles calamidades, son doña Adriana y su esposo Dionisio; este último encarna la fuerza vital y el desenfreno de su homónimo griego —el dios Dioniso o Dionisos, conocido en la mitología romana como Baco, dios del vino y del delirio místico—; como éste, Dionisio exalta la embriaguez y en otra época, vagaba acompañado de "bacantes", las que en la novela son denominadas "locas". Cuenta doña Adriana

aludiendo a ese tiempo: "A diferencia de ahora, entonces había muchas mujeres en Naccos. Y cuando pasaba por aquí Dionisio con sus danzantes y sus locas, se ponían medio locas ellas también. Maridos y padres les rajaban los lomos a fuetazos para que no se desmandasen, pero igual corrían tras él." (p. 241).

Sin duda, que en los dos textos de Vargas Llosa a que me he referido hay una rica mostración de mundo y una fuerte denuncia: denuncia de los excesos que, sin conciencia alguna de las autoridades, ocurren en un colegio militar en Lima, en *La ciudad y los perros*; denuncia de las atrocidades cometidas por los terroristas —el Sendero Luminoso— en el Perú y de los excesos criminales a que puede conducir la superstición, en *Lituma en los Andes*; no obstante el teniente Gamboa y Lituma llegan a saber quiénes son los culpables, ninguna medida es tomada contra éstos. Pero importa, a mi juicio, enfatizar que el intenso efecto logrado por estas novelas se debe a la maestría con que Vargas Llosa hace uso de procedimientos literarios, a su impecable dominio escritural. Son admirables el entrelazamiento de escenas que rompe con la linealidad temporal, la narración que opera cual una varita mágica, capaz de convertir, sin transición alguna, a lo referido —ocurrido en el pasado— en acción que acaece en el presente, la anulación de la frontera entre lo imaginado por un personaje y lo efectivamente acaecido, procedimientos éstos que crean fascinación en el lector.

Mario Vargas Llosa ha sido galardonado con numerosos premios que significan el reconocimiento de su calidad como escritor; entre ellos, el "Premio Rómulo Gallegos" en 1967; "Premio Planeta de novela", en 1993; ha sido honrado muy recientemente con el importante "Premio Cervantes". Nos sentimos profundamente satisfechos de que sea tan insigne escritor latinoamericano quien reciba hoy el Premio Jerusalén.

NOTAS

1 2 En adelante, citaré de acuerdo a la edición señalada y me limitaré a colocar el número de la página junto al texto citado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Vargas Llosa, Mario (1966): *La ciudad y los perros*. Barcelona: Seix Barral.
— (1993): *Lituma en los Andes*. Barcelona: Planeta.